



Capítulo IV

EL SECRETO DE LAS ESTATUAS

“No escogimos el momento para venir al mundo:
Ahora podemos hacer el mundo
en que nacerá y crecerá
la semilla que trajimos con nosotros”

—Gioconda Belli, «Uno no escoge», en *Sobre la grama*

Las estatuas como tesoro

Las estatuas permanecieron durante varios días en los refugios; habían llegado a Terranova envueltas en misterio, escondidas en la copa de un árbol de la Isla de la Fantasía junto a los libros que las exploradoras y los exploradores encontraron durante aquella expedición. Desde entonces comenzaron a circular de mano en mano, pasando de un refugio a otro mientras la comunidad intentaba comprender quiénes eran, de dónde provenían y por qué habían aparecido precisamente en aquel momento de la historia. Al principio las observaban con la misma fascinación con la que se contempla un objeto antiguo encontrado en un lugar inesperado. Las recorrían con los dedos, examinaban sus rostros, describían sus expresiones y se detenían en detalles que parecían contener alguna clase de mensaje. Cada estatua poseía una presencia singular: parecían guardianas, evocaban personajes desconocidos, transmitían una serenidad difícil de nombrar; poco a poco dejaron de ser simplemente objetos encontrados durante una expedición y se transformaron en tesoros.

HABITAR EL MISTERIO

El valor de estos tesoros provenía de aquello que todavía no se sabía sobre ellos; parecían guardar un secreto. Su presencia reunía preguntas, despertaba conversaciones y alimentaba hipótesis que circulaban por todo el territorio; cada nueva observación abría posibilidades distintas para comprenderlas. Las investigaciones comenzaron a multiplicarse, pero como las estatuas debían permanecer resguardadas en Terranova, las exploradoras y los exploradores encontraron otra manera de llevarlas consigo. Las observaron con paciencia y dibujaron cada una de ellas, intentando registrar sus rasgos, expresiones y particularidades. Aquellos dibujos viajaron después a sus casas convertidos en una especie de cuaderno de campo; gracias a ellos pudieron conversar con sus familias, compartir las preguntas que habían surgido en la expedición y ampliar la investigación más allá de los límites del territorio.

Las preguntas nacidas en Terranova comenzaron entonces a viajar hacia otros lugares. Madres, padres, abuelas, abuelos, hermanos y hermanas se sumaron a la búsqueda. Poco a poco regresaron al territorio con relatos, imágenes, datos y nuevos interrogantes contruidos colectivamente; así el misterio de las estatuas había logrado transformar una investigación escolar en una búsqueda compartida por una comunidad extensa.

Fue así como las exploradoras y los exploradores comenzaron a descubrir que aquellas figuras guardaban relación con las esculturas monumentales de San Agustín, uno de los conjuntos arqueológicos más importantes del país. Aprendieron que habían sido elaboradas por pueblos indígenas muchos siglos atrás y que aún hoy continúan rodeadas de interrogantes. Descubrieron que existen estatuas asociadas a guardianes, seres híbridos, animales y figuras humanas cuya interpretación sigue siendo objeto de estudio. Lejos de aparecer como piezas completamente explicadas por la historia, se presentaban como vestigios de un mundo antiguo que todavía conservaba zonas de misterio.

Estas investigaciones parecían ampliar las preguntas, las niñas y los niños incorporaban los nuevos conocimientos a las hipótesis que ya venían construyendo; las estatuas podían pertenecer a culturas indígenas

ancestrales y, al mismo tiempo, formar parte de una historia que todavía no había sido contada en Terranova. Algunas exploradoras imaginaban que procedían de cuentos desconocidos, otras pensaban que podían ser guardianas de algún secreto importante. Algunas voces sugerían que habían sido escondidas para protegerlas de quienes habían hecho desaparecer a los personajes de la Isla de la Fantasía. El gran misterio continuaba expandiéndose y así las historias de los antiguos habitantes de San Agustín comenzaron a entrelazarse con las historias de los personajes de los cuentos, y aunque nadie lograba explicar de qué manera podían estar relacionadas las preguntas permanecían vivas: ¿Era posible que aquellas estatuas custodiaran una historia mucho más antigua que la de la propia Isla de la Fantasía? ¿Existía algún vínculo secreto entre esos pueblos ancestrales y los acontecimientos que estaban ocurriendo en Terranova? Las respuestas subsistían ocultas, pero las preguntas seguían creciendo; lo que más me interesaba de aquellas interpretaciones era que no parecían experimentar contradicción alguna entre el conocimiento arqueológico y la imaginación; las niñas y los niños no utilizaban la información para cerrar la pregunta, sino para enriquecerla. Cada nuevo dato se convertía en material para seguir pensando; las estatuas eran indígenas, sí, pero también podían ser guardianas, mensajeras o personajes de una historia todavía en desarrollo. El conocimiento y la imaginación trabajaban juntos en la construcción de sentido sin aparecer como fuerzas opuestas.

Pensando en lo anterior, las estatuas eran, en cierto sentido, otra forma de huella. Los restos arqueológicos rara vez nos ofrecen una historia completa: llegan hasta nosotros fragmentados, atravesados por silencios, ausencias y zonas desconocidas. Una estatua, una cerámica, una inscripción o una herramienta conservan algo de quienes las crearon, pero también guardan aquello que el tiempo no logró preservar. Entre lo que permanece y lo que se ha perdido se abre un espacio de incertidumbre, de misterio, que exige ser habitado por la imaginación, precisamente por eso los vestigios del pasado continúan fascinándonos. No sólo porque nos hablan de otros tiempos, sino porque lo hacen de manera incompleta, obligándonos a formular preguntas,

a construir hipótesis e intentar reconstruir historias que nunca podremos observar en su totalidad, es decir, nos invitan a participar activamente en la construcción de sentido.

De cierta manera, las exploradoras y los exploradores estaban realizando un gesto semejante al de las arqueólogas y los arqueólogos; observaban cuidadosamente aquellos objetos, registraban detalles, comparaban hallazgos, reunían información y trataban de comprender qué historia podía explicar su presencia en la Isla de la Fantasía. En esta aventura, sosteníamos la convicción de aprender a permanecer junto a aquello que todavía no entendemos del todo sin tener que apresurar una respuesta correcta.

Vivimos en una época que suele premiar la rapidez de las respuestas, pues con sólo un clic podemos acceder a enormes bases de datos que nos arrojan información sin cansancio. Las exploradoras y los exploradores, en cambio, estaban aprendiendo a demorarse en las preguntas. Las estatuas eran un misterio que merecía ser contemplado, investigado y compartido; no eran un problema que debía resolverse cuanto antes, su valor ya residía en la capacidad de reunir a una comunidad alrededor de una búsqueda común, no expresamente en lo que podían revelar.

Así, las estatuas terminaron convirtiéndose en tesoros mucho antes de que alguien conociera el secreto que guardaban: eran tesoros porque convocaban la imaginación, porque abrían conversaciones entre generaciones, porque conectaban la historia de pueblos antiguos con las preguntas de niñas y niños contemporáneos, y porque recordaban a toda la comunidad que existen conocimientos que sólo pueden construirse cuando aceptamos caminar durante un tiempo junto al misterio. Mientras las huellas seguían apareciendo en Terranova y la desaparición de los personajes permanecía sin explicación, las estatuas custodiaban silenciosamente una enseñanza que veníamos empezando a vislumbrar: que algunas preguntas necesitan ser habitadas antes de poder responderse. Nadie sospechaba todavía que, en su interior, aquellas figuras guardaban algo más que una historia: una invitación, y muy pronto la comunidad tendría que decidir si estaba dispuesta a aceptarla.

Custodiar lo cerrado

A medida que las investigaciones avanzaban, las estatuas adquirían un valor cada vez mayor para la comunidad, las hipótesis construidas por las exploradoras y los exploradores comenzaban a señalar que los Hombres Grises podían estar relacionados con la desaparición de los personajes de la Isla de la Fantasía, y poco a poco también surgió la sospecha de que las estatuas formaban parte de aquello que estaban buscando. Nadie sabía exactamente por qué eran importantes ni qué secreto guardaban, pero precisamente por eso se volvieron valiosas.

Las estatuas comenzaron entonces a ser protegidas con una dedicación extraordinaria. Cada día aparecían en un lugar diferente; las exploradoras y los exploradores construían escondites, levantaban pequeños refugios para ocultarlas y compartían estrategias para evitar que fueran encontradas. Algunas permanecían resguardadas bajo hojas y ramas, otras eran trasladadas discretamente de un refugio a otro. Cada nueva aparición de las huellas grises reforzaba la sensación de que aquello que custodiaban debía permanecer a salvo.

Lo que más me conmovía era que las niñas y los niños cuidaban algo cuyo valor todavía desconocían. No protegían las estatuas porque supieran exactamente qué contenían o cuál era su función dentro de la historia: las protegían porque intuían que eran importantes. Una forma de confianza difícil de explicar y, al mismo tiempo, profundamente humana. Muchas veces cuidamos aquello que todavía no comprendemos del todo; lo hacemos con ciertas preguntas, con algunos sueños, con los vínculos que empiezan a construirse, o con las intuiciones que todavía no encuentran palabras para nombrarse.

Donald Winnicott, en *Realidad y juego* (1971) plantea que ciertas experiencias humanas necesitan encontrar un espacio protegido para poder desplegarse. Antes de ser interpretado, el juego necesita ser jugado; antes de convertirse en conocimiento, algo necesita ser vivido. Las estatuas parecían

HABITAR EL MISTERIO

haber creado precisamente ese espacio dado que alrededor de ellas se organizaban conversaciones, acuerdos, investigaciones y formas de cuidado que permitían que el misterio continuara desplegándose sin ser clausurado demasiado pronto. Con el paso de los días también comencé a sentipensar que las exploradoras y los exploradores estaban aprendiendo algo que rara vez encuentra lugar en los tiempos acelerados de nuestra cultura: aprendían a esperar. Las estatuas permanecían cerradas y las respuestas no llegaban inmediatamente. Sin embargo, la búsqueda continuaba, había una disposición a convivir con aquello que todavía no podía explicarse.

Tiempo después, al haber habitado esta experiencia tanto afuera como muy adentro de mí, encontré una resonancia de esta experiencia en las reflexiones de Suely Rolnik (2019), cuando describe la importante necesidad de acompañar los procesos que están emergiendo sin forzarlos prematuramente a adquirir una forma definitiva. Algunas comprensiones requieren tiempo, algunas preguntas necesitan madurar antes de revelar aquello que contienen.

Buena parte de la potencia pedagógica de Terranova habitaba allí porque las exploradoras y los exploradores estaban aprendiendo a sostener una relación con lo desconocido. Aprendían que no toda pregunta exige una respuesta inmediata y que existen momentos en los que comprender implica permanecer junto al misterio en lugar de apresurarse a resolverlo.

Carl Gustav Jung, en *El hombre y sus símbolos* (1964), señala que un símbolo permanece vivo mientras contiene más significado del que somos capaces de comprender plenamente. Cuando una imagen puede agotarse en una única explicación deja de ser símbolo y se convierte en signo. Las estatuas parecían conservar esa vitalidad, eran vestigios arqueológicos y tesoros, figuras indígenas y posibles guardianas, objetos encontrados en una expedición y personajes de una historia que todavía se estaba escribiendo. Ninguna de estas interpretaciones anulaba a las demás, todas convivían alrededor de un núcleo de misterio que permanecía abierto.

HABITAR EL MISTERIO

Ante la pregunta que nos hicimos en el equipo —¿qué convierte algo en un tesoro?—, fuimos caminando de la mano de las niñas y los niños sentipensando que, así como estaba pasando con las estatuas, los tesoros despiertan una forma particular de cuidado y custodia. Mientras observábamos a las niñas y los niños construir escondites, trasladar las estatuas y discutir nuevas estrategias para protegerlas, recordábamos que Winnicott (1971) situaba el origen de la experiencia cultural en una zona intermedia donde imaginación y realidad participan de un mismo movimiento creador. Los tesoros parecían habitar un territorio semejante, eran objetos concretos que podían tocarse y observarse, pero también actuaban como recipientes de significados que todavía estaban naciendo. Algo importante crecía alrededor de ellos y encontraba en la comunidad las condiciones necesarias para desplegarse.

Las estatuas de Terranova reunían esa condición simbólica que Jung (1964) describe como una realidad viva, siempre en exceso de significado. Su valor excedía cualquier explicación disponible porque aquello que las volvía preciosas permanecía en proceso de revelación, así como cuando las semillas permanecen bajo la tierra. Su presencia modifica silenciosamente el paisaje mucho antes de que aparezcan los primeros brotes; la vida ya está allí, trabajando en profundidad, reuniendo la fuerza necesaria para manifestarse. Durante aquellos días las estatuas permanecían cerradas y el secreto continuaba protegido en su interior, mientras la comunidad seguía reorganizando movimientos intersubjetivos que se entretajían con la sensación de que la vida suele anunciarse mucho antes de revelar su forma definitiva y el cuidado consiste, muchas veces, en ofrecer el tiempo, la atención y la confianza que necesita para llegar a mostrarse.

La espera también hizo que comenzara a desplegarse una intensa tensión. Hasta entonces, cuidar las estatuas había significado esconderlas, protegerlas y conservarlas, las exploradoras y los exploradores dedicaban buena parte de sus esfuerzos a mantenerlas a salvo porque intuían que resguardaban algo valioso. Cada nuevo escondite, cada refugio construido

para ocultarlas y cada estrategia diseñada para despistar a los Hombres Grises expresaban el compromiso que la comunidad había asumido con aquellos tesoros. Al mismo tiempo, la propia historia parecía orientarse hacia otro horizonte porque las preguntas crecían alrededor de las estatuas con una fuerza cada vez mayor y el misterio adquiría una densidad que convocaba nuevas búsquedas. Algo importante habitaba en su interior y su presencia silenciosa irradiaba una promesa de sentido que todavía permanecía envuelta en sombras.

Terranova se acercaba poco a poco a una enseñanza presente en muchos procesos de creación y transformación. Las formas resguardan aquello que contienen y lo mantienen a salvo durante el tiempo necesario para su gestación; gracias a ellas algo puede crecer, consolidarse y encontrar protección. Sin embargo, llega un momento en que la vida contenida busca expandirse más allá de los límites que la albergaron, entonces la transformación se convierte en una expresión del cuidado y la forma participa de un nuevo movimiento al permitir que aquello que resguarda encuentre caminos para manifestarse.

Las exploradoras y los exploradores caminaban junto a esa pregunta mientras las estatuas continuaban ocupando un lugar central en la historia. Cada conversación, cada conjetura y cada nueva aparición de las huellas parecía acercar a la comunidad a un umbral que todavía no alcanzábamos a distinguir con claridad. Las estatuas permanecían cerradas, las preguntas seguían multiplicándose y Terranova comenzaba a prepararse para descubrir que algunos tesoros entregan su secreto cuando la vida que custodian encuentra la fuerza suficiente para atravesar la forma que la contiene.

El coraje de fracturar la forma

Otra carta llegó a través del Árbol de la Sabiduría cuando las estatuas ya ocupaban un lugar central en la vida de Terranova. Durante semanas las exploradoras y los exploradores las habían protegido de los Hombres Grises,

HABITAR EL MISTERIO

habían investigado su origen, dibujado sus rostros, conversado sobre ellas con sus familias y tejido innumerables hipótesis alrededor del secreto que parecían custodiar; por este motivo el nuevo mensaje produjo una profunda conmoción: el Ser Misterioso afirmaba que había llegado el momento de abrirlas.

Aquella indicación introducía una tensión inesperada en la historia. Las mismas estatuas que habían sido cuidadas con tanta dedicación aparecían ahora asociadas a una tarea completamente diferente, algo importante habitaba en su interior y la comunidad debía encontrar la manera de revelarlo. Las conversaciones de nuevo comenzaron a multiplicarse; algunas exploradoras querían descubrir inmediatamente aquello que guardaban, otros observaban las figuras con cautela, como si intentaran comprender qué significaba realmente aquel pedido. Durante varios días la pregunta circuló por los refugios, las asambleas y los senderos de Terranova.

Durante semanas las niñas y los niños habían aprendido que cuidar significaba proteger, esconder y conservar. Ahora la historia los invitaba a ampliar esa comprensión y el cuidado comenzaba a adquirir un significado más complejo. La travesía les enseñaba que existen momentos en los que preservar una forma constituye el mejor modo de proteger la vida y momentos en los que esa misma vida necesita atravesar la forma que la contiene para continuar desplegándose.

Winnicott (1971) observó que el desarrollo humano requiere una delicada articulación entre seguridad y exploración. El crecimiento necesita formas que ofrezcan sostén, pero también experiencias que permitan aventurarse más allá de lo conocido. Cuando una figura confiable autoriza un movimiento de transformación, el mundo puede ampliarse sin perder su carácter habitable. Pienso que el Árbol de la Sabiduría y el Ser Misterioso cumplían una función semejante dentro de Terranova. La carta creaba las condiciones simbólicas para que la comunidad pudiera realizar un gesto que hasta entonces permanecía fuera de su horizonte de posibilidades sin entregarnos una respuesta acabada sobre el misterio.

Jerome Bruner (1997) señala que las culturas proporcionan relatos que permiten a las personas imaginar acciones que antes parecían imposibles. Las historias amplían los márgenes de lo pensable y eso estaba ocurriendo allí; hasta ese momento la trama había enseñado que las estatuas debían ser protegidas de quienes buscaban apropiarse de ellas, pero la carta introducía una nueva posibilidad narrativa. Las estatuas podían seguir siendo cuidadas y, al mismo tiempo, transformarse; el cuidado dejaba de estar asociado únicamente a la conservación y comenzaba a vincularse con la capacidad de acompañar aquello que buscaba revelarse.

Muchas experiencias fundamentales de la vida comparten esta estructura. Una semilla permanece protegida por una envoltura que resguarda su crecimiento, un capullo acompaña el desarrollo de aquello que más tarde desplegará sus alas. Una pregunta necesita tiempo para madurar antes de ofrecer nuevas comprensiones. La forma protege la vida que contiene y participa de su proceso de gestación; sin embargo, llega un momento en que el propio movimiento de la vida reclama otra cosa, entonces la transformación se convierte en una expresión del cuidado.

Las exploradoras y los exploradores se acercaron a las estatuas desde un lugar distinto al que habían habitado durante semanas. Sus manos ya no buscaban únicamente preservar aquellos objetos; intentaban aproximarse a aquello que permanecía resguardado en su interior. La curiosidad convivía con la cautela. Examinaban cada figura, buscaron botones ocultos, ranuras que indicaran algún mecanismo secreto, pequeñas aberturas por donde introducir sus uñas como diminutos fórceps capaces de ayudar al nacimiento de aquello que aguardaba dentro. Recorrieron una y otra vez las superficies con paciencia, giraron las figuras, observaron cada detalle. Las estatuas, sin embargo, permanecían cerradas.

Fue entonces cuando comenzaron a comprender que el gesto solicitado por el Ser Misterioso exigía algo diferente. Ninguna puerta esperaba ser encontrada, ni una cerradura guardaba la entrada al secreto: el acceso

requería atravesar la propia forma que lo protegía. Aquello que durante semanas había sido cuidado como un tesoro reclamaba ahora una transformación y para esto la comunidad se encontraba frente a una experiencia tan antigua como la vida misma.

Terranova se acercaba a uno de esos momentos. Reunidas alrededor de las estatuas las exploradoras y los exploradores comenzaban a descubrir que el cuidado también puede adoptar la forma del coraje. Algo importante aguardaba al otro lado de la piedra y la comunidad se preparaba para acompañar su llegada; lo que estaba a punto de ocurrir transformaría para siempre el sentido de las estatuas, de las huellas, de los Hombres Grises y de la propia travesía. Durante semanas habían custodiado un tesoro, pero muy pronto descubrirían que aquello que protegían era una promesa de vida que esperaba el instante preciso para revelarse.

Lo que las estatuas guardaban

La decisión de abrir las estatuas se convirtió en un acontecimiento para toda la comunidad. Las exploradoras y los exploradores se reunieron en la gran plazoleta de Terranova, el mismo lugar donde tantas veces habían compartido hallazgos, formulado hipótesis y tomado decisiones colectivas. Las figuras permanecían en el centro de la asamblea rodeadas por quienes durante semanas las habían protegido, investigado y trasladado de un escondite a otro. Aquellas estatuas habían atravesado la vida cotidiana del territorio hasta convertirse en parte de una historia común. Por esta razón la apertura no podía pertenecer a una sola persona: requería una decisión construida entre todas y todos.

Cada refugio eligió a quienes asumirían aquella tarea. La elección resultó tan significativa como el acontecimiento mismo; el grupo escogió dos niñas y un niño, quienes según sus compañeras y compañeros, siempre estaban atentos a las necesidades de los demás. Sus nombres aparecieron acompañados de palabras que hablaban de generosidad, disposición para ayudar, capacidad

para escuchar y sensibilidad frente al bienestar colectivo. La comunidad reconocía en ellas y en él una manera particular de habitar Terranova, y por ello delegarles la apertura de las estatuas se transformó en un gesto de confianza y agradecimiento. Quienes habían cuidado de otras personas durante la travesía recibían ahora la responsabilidad de acompañar una transformación decisiva para la historia compartida. Les pedíamos una acción que no era habitual. Que ejercieran la fuerza y habitaran algo de su agresividad evitada.

Con frecuencia la agresividad aparece asociada a imágenes de confrontación, dominio o ruptura. Winnicott dedicó buena parte de su obra a mostrar algo con muchas más capas: en textos como *Realidad y juego* (1971) y en sus trabajos sobre el desarrollo emocional temprano, describe la agresividad como una expresión de la vitalidad misma, una fuerza vinculada al impulso de explorar, transformar y entrar en relación con el mundo. El bebé toca, aprieta, muerde, arroja objetos y altera aquello que encuentra a su alrededor porque la vida se expande activamente hacia lo que la rodea. La agresividad forma parte de la creatividad originaria mediante la cual el sujeto descubre que puede actuar sobre la realidad y participar en su transformación.

Observada desde esta perspectiva, la escena de la plazoleta adquiriría una mayor densidad: las niñas y el niño elegidos no eran quienes acostumbraban ocupar lugares de liderazgo o fuerza dentro del grupo. Precisamente por eso su elección resultaba tan significativa; la comunidad parecía reconocer intuitivamente que la transformación de las estatuas debía permanecer ligada al cuidado. Las mismas manos que habían protegido podían acompañar la apertura; la energía necesaria para fracturar una forma no surgía de la hostilidad sino de la responsabilidad, encontrando en la agresividad una dirección simbólica y creadora.

Como expuse en páginas anteriores, Jerome Bruner (1997) plantea que las culturas ofrecen relatos capaces de ampliar el horizonte de las acciones imaginables permitiéndonos a partir de las narraciones ensayar posibilidades

de existencia que todavía no forman parte de nuestra experiencia directa. Algo semejante estaba ocurriendo en Terranova. Durante semanas la historia había enseñado que las estatuas debían permanecer a salvo de los Hombres Grises, pero la carta enviada a través del Árbol de la Sabiduría introducía una nueva comprensión; el cuidado podía expresarse también como ruptura; la comunidad comenzaba a descubrir que preservar y transformar pertenecen a un mismo movimiento cuando aquello que se protege busca desplegar una vida nueva.

Las exploradoras y los exploradores rodearon las estatuas mientras quienes habían sido elegidos se acercaban a ellas. El ambiente estaba cargado de expectativa. Durante varios días habían buscado mecanismos ocultos, pequeñas aberturas, fisuras o señales que permitieran acceder al contenido sin alterar la forma. Habían recorrido cada superficie con paciencia, escuchado los sonidos que provenían del interior y formulado nuevas hipótesis sobre aquello que podría encontrarse allí. Las estatuas parecían responder con el mismo silencio que habían guardado desde el comienzo de la travesía. Pero poco a poco comenzó a hacerse evidente que el camino señalado por el Ser Misterioso exigía atravesar la forma misma que protegía el secreto; ya la piedra había cumplido su tarea durante todo ese tiempo: había resguardado algo valioso, convocado investigaciones, reunido a una comunidad alrededor de una búsqueda compartida y había permitido que las preguntas maduraran lo suficiente para conducir las hasta ese umbral.

Después de conversar durante largo tiempo, las exploradoras y los exploradores decidieron traer algunas piedras del altar del Jardín de los Seres Alados. La elección tampoco era casual; otras piedras venían ahora al encuentro de aquellas figuras antiguas. Las niñas y el niño elegidos las sostuvieron entre sus manos mientras la asamblea guardaba silencio; cada golpe reunía semanas enteras de preguntas. La piedra comenzaba a ceder lentamente y con cada fragmento que se desprendía crecía la sensación de estar asistiendo a un acontecimiento irrepetible. La asamblea acompañaba cada gesto con una atención difícil de describir, en aquel momento

convergían semanas de preguntas, hipótesis, lecturas, expediciones y conversaciones. Las estatuas comenzaban a fracturarse y, junto con ellas, se transformaba la manera de comprender todo lo que había ocurrido hasta entonces. Entre temor y osadía, entre cuidado y transformación, la piedra comenzó a abrirse, y entonces se asomaron apenas, tímidas, unas pequeñas semillas.

Entre ellas, una semilla dorada, a diferencia de las demás que eran color café, produjo un silencio inmediato en la comunidad. Durante algunos instantes pareció que el tiempo se detenía, y las estatuas encontradas en la Isla de la Fantasía revelaban finalmente aquello que habían custodiado durante toda la travesía.

En ese instante las exploradoras y los exploradores, junto con todo el equipo que acompañaba la travesía, asistimos a una escena que condensaba buena parte de lo que habíamos venido aprendiendo durante aquellos meses: atestiguamos cómo algunas estructuras cumplen su tarea resguardando la vida que contienen, y otras veces permitiendo su emergencia; así como en una gestación la piedra había protegido las semillas y la comunidad había protegido las estatuas, pero ya era el tiempo de una nueva manifestación.

Las semillas y el misterio de lo que todavía no existe

Las semillas aparecieron en medio de la plazoleta, como suelen aparecer algunas imágenes importantes, pequeñas, silenciosas y aparentemente sencillas. Después de semanas de investigaciones, expediciones, huellas, hipótesis y tesoros escondidos, el gran secreto de las estatuas parecía reducirse a unos cuantos granos oscuros y una única semilla dorada. Sin embargo, la intensidad con la que las exploradoras y los exploradores las observaban sugería otra cosa: algo en ellas excedía ampliamente su tamaño.

Pocas imágenes como la semilla han acompañado con tanta persistencia la historia de la humanidad. Distintas culturas la han utilizado para pensar el origen de la vida, los ciclos de transformación, la muerte, el renacimiento y la

posibilidad de futuro. Allí donde una semilla aparece, suele anunciarse la presencia de algo que todavía no existe plenamente pero que ya habita el mundo bajo la forma de una promesa. Mircea Eliade (1963), uno de los principales estudiosos del simbolismo religioso y los relatos míticos del siglo XX, observó que las imágenes vinculadas a la germinación ocupan un lugar central en numerosas narraciones míticas de creación; en este sentido las semillas participan de un misterio particular: permiten contemplar cómo una forma aparentemente pequeña y frágil contiene una realidad mucho mayor que todavía permanece invisible. En su interior habita una posibilidad de vida que requiere tiempo, cuidado y ciertas condiciones para desplegarse, y finalmente lo que vemos nunca coincide completamente con lo que la semilla es capaz de llegar a ser.

Jung (1964) encontró en este tipo de imágenes una expresión privilegiada de los procesos de transformación psíquica. Para la psicología analítica, el símbolo posee precisamente esa capacidad de contener más realidad de la que puede ser comprendida en un primer momento. Una semilla resulta profundamente simbólica porque reúne simultáneamente lo visible y lo invisible, lo presente y lo futuro, aquello que ya existe y aquello que busca nacer; en este sentido, su potencia no reside únicamente en lo que muestra sino también en lo que anuncia. Por su parte, Gaston Bachelard (1994) escribió que la imaginación no reproduce simplemente el mundo; participa activamente en la creación de nuevas posibilidades para habitarlo. Las semillas convocaban nuevamente ese movimiento, cada exploradora y explorador comenzaba a imaginar futuros posibles: ¿Qué crecería a partir de ellas? ¿Por qué una era dorada? ¿Qué relación guardaban con los personajes desaparecidos? ¿Qué papel cumplirían en la historia de Terranova? Las preguntas ya no buscaban únicamente reconstruir acontecimientos anteriores, ahora empezaban a orientar la mirada hacia aquello que todavía podía llegar a existir.

Volviendo la atención hacia lo que implica la constitución subjetiva, considero que ésta guarda una sorprendente semejanza con el trabajo de una semilla.

Cada vida contiene posibilidades que requieren tiempo, vínculos, experiencias y cuidados para desplegarse. Algo crece en el encuentro con otras personas, madura lentamente mientras encuentra las condiciones necesarias para hacerlo y permanece durante largos periodos fuera de la vista hasta que una experiencia, una relación o una pregunta permiten que emerja. En esta vía leo a Suely Rolnik (2019), cuando describe los procesos mediante los cuales nuevas formas de existencia buscan abrirse paso dentro de mundos que todavía no saben cómo recibirlas. La vida siempre contiene dimensiones que están naciendo; toda creación comienza como una sensibilidad apenas perceptible, una inquietud, una imagen o una posibilidad que todavía no encuentra una forma definitiva. Las semillas encontradas en Terranova hablan de esa condición.

Las exploradoras y los exploradores sostenían aquellas pequeñas formas entre sus manos mientras la historia comenzaba a transformarse una vez más. Las estatuas habían protegido las semillas, ahora las semillas custodiaban otra cosa. Guardaban una pregunta sobre el futuro, una pregunta sobre la vida y una pregunta sobre aquello que una comunidad es capaz de hacer cuando decide cuidar una promesa que todavía busca su forma de nacer.

Una comunidad al servicio de la vida

Así como había ocurrido con las estatuas y las huellas grises las semillas permanecieron durante varios días en el centro de las conversaciones de Terranova. Esta vez la semilla dorada ocupaba un lugar especial dentro de aquellas conversaciones; su color la distinguía de las demás y parecía anunciar que guardaba una importancia particular dentro de la historia que comenzaba a desplegarse. Sin embargo, algo había cambiado profundamente en la naturaleza de la investigación. Durante buena parte de la travesía la comunidad había intentado comprender acontecimientos ocurridos en el pasado. Las preguntas se dirigían hacia aquello que ya había sucedido. ¿Quién había dejado las huellas? ¿Qué había ocurrido con los personajes? ¿Quién había escondido las estatuas? El hallazgo de las semillas

desplazó lentamente el centro de gravedad de la búsqueda, el futuro comenzó a reclamar su lugar dentro de la historia.

Las semillas introducían una pregunta distinta, su presencia convocaba menos explicaciones y más responsabilidades. La comunidad ya no se encontraba únicamente frente a un misterio que debía descifrarse, ahora se encontraba frente a una forma de vida que requería cuidado. Aquello que había permanecido protegido en el interior de las estatuas aparecía expuesto a la mirada colectiva y, precisamente por ello solicitaba nuevas formas de atención, compromiso y responsabilidad. La historia habría podido servirse de cofres, cajas o cualquier otro objeto para custodiar aquel tesoro, no obstante fueron figuras asociadas a uno de los conjuntos arqueológicos más importantes del territorio colombiano las encargadas de proteger aquello que la comunidad acababa de encontrar. Podemos conjurar que las semillas que aparecían ante la comunidad llegaban desde el futuro y desde el pasado al mismo tiempo de haber sido custodiadas por figuras asociadas a una memoria ancestral que continuaba hablando a través de la piedra. Como ocurre en numerosos relatos míticos, aquello que permite el nacimiento de algo nuevo suele encontrarse protegido por quienes vinieron antes, el porvenir y la memoria aparecían entonces profundamente entrelazados.

Para amplificar este conjuro de la mano de Mircea Eliade (1963), observamos como él nos enseñó que muchas culturas comprendieron el tiempo como una conversación permanente entre los orígenes y los nuevos comienzos. Ningún nacimiento surge aislado de la historia que lo precede, cada germinación encuentra apoyo en una memoria anterior que la sostiene. Las estatuas de San Agustín parecían encarnar precisamente esa función al custodiar una promesa de vida y recordar simultáneamente que toda creación necesita raíces, que vivimos siempre entre herencia y creación. Las semillas parecían contener esa paradoja: eran legado y posibilidad, memoria y porvenir. Procedían de un pasado que las había protegido y apuntaban hacia un futuro que todavía buscaba desplegarse enseñándonos que cuidar la vida implica también cuidar los puentes que unen aquello que hemos recibido con aquello que todavía estamos llamados a crear.

Las exploradoras y los exploradores aún desconocían el papel que aquellas semillas desempeñarían en la historia de Terranova, tanto como el equipo que acompañaba la travesía. Nos encontrábamos frente a un acontecimiento que transformaba el sentido de todo lo vivido hasta entonces sin alcanzar todavía a revelar el rumbo que tomaría la historia. Las huellas, las estatuas y la desaparición de los personajes habían conducido hasta ese hallazgo, y a partir de ese momento el misterio cambiaba nuevamente de lugar, dejando de habitar únicamente en los indicios dispersos por el territorio para instalarse entre nuestras manos, convocándonos a preparar una tierra donde la vida pudiera comenzar a manifestarse.

Reunida en asamblea la comunidad decidió construir semilleros para acompañar el crecimiento de aquello que pudiera emerger, adoptando ahora la investigación una forma distinta. Las exploradoras y los exploradores comenzaron a aprender sobre semillas, tierra, humedad, luz y tiempos de germinación. La observación atenta, que hasta entonces había seguido huellas y descifrado indicios, empezaba a orientarse hacia los ritmos silenciosos de la vida. La espera adquiría un nuevo significado, ya no consistía en aguardar la aparición de otra pista, sino en ofrecer las condiciones necesarias para que un brote encontrara el momento de abrirse paso hacia la superficie.

La semilla dorada, sin embargo, siguió otro camino. Desde las primeras conversaciones las exploradoras y los exploradores sintieron que no debían compartir el mismo semillero con las demás. Su singularidad reclamaba un cuidado diferente y un territorio propio donde pudiera desplegar la fuerza vital que intuían en su interior. Nadie les indicó esa decisión, surgió de las hipótesis que habían venido construyendo colectivamente y de la relación simbólica que habían tejido con ella a lo largo de la travesía. La semilla dorada ya no era solamente distinta por su color, sino que ocupaba un lugar particular dentro de la cosmología que la comunidad estaba creando. Las exploradoras y los exploradores desplazaban sus agencias interpretativas hacia agencias creadoras: preparar la tierra, sembrar, esperar y cuidar

HABITAR EL MISTERIO

constituían gestos epistemológicos y, al mismo tiempo, éticos. El conocimiento comenzaba también a expresarse como la capacidad de crear las condiciones para que algo nuevo pudiera llegar a existir.